

ó mejor entre dos sistemas, entre dos morales. No se veía aún quién sería el primero en comprometerse y bajar al palenque.

Robespierre se retiró á los bancos más altos de la Asamblea, mostrando deseos de no hablar. El ponente Chapelier había declarado él mismo que su proyecto era inconstitucional, y pidió que la Asamblea declarase si quería una ley. Robespierre dijo entonces: «Yo no soy más partidario que un Chapelier de una ley sobre los emigrados, pero creo que es por una discusión solemne por lo que la Asamblea debe reconocer la imposibilidad y los peligros de tal ley.» Y después permaneció testigo mudo de esta discusión. Si Mirabeau se comprometía ó sus enemigos (Duport y Lameth), Robespierre salía ganando siempre.

Amigos y enemigos de Mirabeau todos deseaban que hablase, unos para su gloria y otros para acelerar su ruina. En poco rato recibió el gran orador seis cartas incitándole á proclamar sus principios, y mostrándole al mismo tiempo el estado violento de París. Comprendió perfectamente el llamamiento que se hacía á su valor, y para no tener en suspenso más tiempo á amigos y enemigos, se levantó, leyendo una página vigorosísima que ocho años antes escribió al rey de Prusia sobre la libertad de emigrar. Después acabó pidiendo á la Asamblea que declarase *no querer entender* en el proyecto y que pasase á la orden del día.

Ninguna réplica de Duport, ninguna de los Lameth ni de Barnave. Profundo silencio. Dejaron hablar á gentes de segundo orden Rewbell, Prieur y Muguet.

Rewbell dijo que en tiempo de guerra emigrar era desertar. En esto se hallaba justamente el nudo de la situación. ¿Se estaba ó no en tiempo de guerra? Podía decirse que no y que sí. Pero el estado de guerra no estaba declarado, las leyes de la paz subsistían y prevalecía por tanto la libertad para todos de entrar y salir.

Se leyó el proyecto de ley. Este confiaba á tres personas que nombrara la Asamblea el derecho dictatorial de autorizar la salida del territorio nacional ó de prohibirla bajo pena de confiscación de bienes y de degradación del título de ciudadano.

La Asamblea casi en masa se sublevó ante esta lectura, reconociendo lo odioso de esta inquisición de Estado que el proyecto le confería.

Mirabeau aprovechó el momento y habló así: «La Asamblea de Atenas no quiso oír el proyecto del cual había dicho Aristóteles: *Es útil, pero injusto*. Lo mismo habéis pensado vosotros, pero el estremecimiento de indignación que os ha movido á todos demuestra que en cuestiones de moralidad sois tan buenos jueces como Aristides. La barbarie del proyecto prueba que una ley sobre la emigración es impracticable. (*Murmillos*.) Pido que se me oiga. Si por efecto de las circunstancias son indispensables ciertas medidas de policía en pugna contra las leyes existentes, esto es un delito impuesto por la necesidad; pero hay una

diferencia inmensa entre una medida de policía transitoria y una ley que es permanente... Yo niego que ese proyecto pueda ser puesto á deliberación y declaro que me consideraré desligado de todo juramento de fidelidad con relación á los que cometan la infamia de nombrar una comisión dictatorial. (*Aplausos*.) La popularidad que yo he ambicionado y que tengo el honor de gozar... (*murmillos en la extrema izquierda*) como cualquier otro, no es una débil hoja que gira á todos los vientos: yo quiero hundir sus raíces en la tierra sobre la imperturbable base de la razón y la libertad. (*Aplausos*.) Termino declarando que si hacéis una ley contra los emigrados, juro no obedecerla nunca».

El proyecto del comité fué rechazado por *unanimidad*.

Los Lameth habían murmurado, pero sin pasar de esto. Uno de ellos pidió la palabra, pero dejó que se la tomara un diputado de su partida para hacer una proposición obscura y sin éxito.

Mirabeau persistió en que se pasara á la orden del día pura y simplemente y quiso hablar aún. Entonces gritó un diputado de la izquierda: «¿Qué dictadura es esta que ejerce Mr. de Mirabeau?» Este, que comprendió que estas palabras podían causar efecto en una Asamblea apasionada, lanzóse á la tribuna y habló á pesar de que el presidente le negaba la palabra.

«Yo ruego—dijo—á los señores que me interrumpen, que recuerden que toda mi vida política la he pasado combatiendo el despotismo... (*Murmillos en la extrema izquierda*.) ¡Cállense esas treinta voces!... Si es que se quiere, complicando dos ó tres proposiciones, prolongar indefinidamente la sesión, es preciso que todos procuren que no se altere fuera de aquí el orden.»

Los treinta que tenían el pueblo á su lado parecían aterrados por aquel gigante de la tribuna y no decían palabra. Mirabeau hacía caer á plomo sobre su cabeza la responsabilidad y ellos no se movían. El público, la muchedumbre inquieta que llenaba las tribunas, esperaba en vano. Jamás se había visto un golpe mejor asestado.

La sesión terminó á las cinco y media. Mirabeau se fué á casa de su hermana, su íntima y querida confidente, y le dijo: «He pronunciado mi sentencia de muerte. Esto es hecho: esa gente se encargará de matarme.»

Su hermana y su familia, al verle tan convencido, creyeron su vida en peligro. Cuando salía de casa por la noche para ir al campo á cenar en el hotel de algún amigo, le seguía de lejos, sin que él lo supiera, su sobrino armado hasta los dientes. Muchas veces creyó que su café estaba envenenado. Una carta que aun subsiste, prueba que denunciaron á Mirabeau, de una manera detallada y precisa, un complot que había para asesinarle.

Esta vez había humillado de tal modo á sus enemigos, les había mostrado públicamente tan indignos del gran papel que habían usurpado, que todo podía esperarlo de ellos. Y no es que Duport y los

Lameth fuesen hombres capaces de encomendar un crimen; pero entre las gentes que les rodeaban, fanáticos ó interesados, los había que no necesitaban órdenes para asesinar al odiado Mirabeau.

El tribuno no era hombre accesible al miedo. El mismo día de la sesión, á pesar de la fatiga de aquella discusión violenta y de la fiebre que le dominaba, quiso por la noche, una hora después de salir de la Asamblea y cuando el asunto aún estaba caliente, marchar recto contra sus enemigos, ir á los Jacobinos, entrar entre aquella muchedumbre hostil, romper su oleaje buscando entre tantos hombres furiosos quien rasgase su pecho: hacer la prueba de si había un puñal ó una lengua que osara atacarle.

Eran las siete de la noche cuando entró... La sala estaba llena. Los mudos de la Asamblea habían recobrado la palabra. Duport estaba en la tribuna y parecía desconcertado. En vez de tratar prontamente de los hechos, se enfrascaba en un preámbulo interminable, hablando siempre de Lafayette y pensando en Mirabeau.

Duport vacilaba por muchas causas. Muy superior en inteligencia á los Lameth, pensaba probablemente que si asestaba á Mirabeau un golpe irreparable y lo expulsaba de los Jacobinos, esto equivaldría á trabajar para Robespierre, pues sería la elevación de éste. Por fin se decidió á hacer algo. No haber dicho nada por la tarde y no decir nada por la noche era caer muy bajo. «Los enemigos de la libertad—dijo—están muy cerca de vosotros.» (*Tempestad de aplausos.*) Todos miran á Mirabeau y algunos se aproximan para aplaudir insolentemente casi en su propia cara.

Entonces Duport relata la sesión de la Asamblea no sin modificaciones; se declara admirador del genio de Mirabeau, pero sostiene que el pueblo tiene necesidad ante todo de una probidad austera. Su principal reproche á Mirabeau fué por el orgullo de su *dictadura*.

Al terminar pareció detenerse un momento en este supremo combate, y dijo estas palabras hábiles que todo el mundo encontró admirables: «Si él es un buen ciudadano yo corro á abrazarle; pero si vuelve la cara, yo me felicitaré de haberme creado un enemigo por ser amigo de la cosa pública.»

De este modo dejaba la puerta abierta al arrepentimiento de Mirabeau: hacía gracia á su vencedor de la Asamblea y le ofrecía la absolución de los Jacobinos.

Mirabeau no quiso aprovecharse de esta generosidad. A través de los aplausos dedicados á Duport, que para él eran anatemas, avanzó con marcha brusca hasta llegar á la tribuna. «Hay dos clases de dictadura—dijo—la de la intriga y la audacia y la de la razón y el talento. Los que no han podido sostenerse en la primera ó no han sabido ampararse de la segunda, ¿á quién deben culpar sino á sí mismos?» Después pidió cuenta del silencio guardado en la Asamblea y aseguró que su conciencia no le reprochaba haber sostenido una opinión que durante

cuatro horas *había sido la de la Asamblea* y que no había tacado ninguno de los *jefes de opinión*.

Justificación irritante: la palabra *jefe* sonaba siempre muy mal en las orejas de los Jacobinos. «Por lo demás—añadió Mirabeau—mi sentimiento sobre la emigración es el pensamiento universal de los filósofos y los sabios: si me equivocara, seguramente que me serviría de consuelo el tener como compañeros de error á tan grandes hombres.» De estas palabras resultaba que los Jacobinos no eran grandes hombres; afirmación terrible para su orgullo.

Los arreglos de Duport y la provocativa apología de Mirabeau habían hecho sufrir cruelmente á Alejandro de Lameth. Veía á los Jacobinos heridos en su orgullo: sentía el odio de todos confundirse con el suyo, y esto le puso fuera de sí, haciéndole perder de vista toda política.

Mirando la asamblea del club, sólo veía á Mirabeau, al que odiaba por su superioridad. No veía la faz pálida de Robespierre, que mudo como por la mañana en la Asamblea, esperaba con paciencia que otros se encargaran de destrozar á Mirabeau.

Lameth, al tomar la palabra, se dirigió al fondo más rico de la naturaleza humana, al orgullo y la envidia y en especial al espíritu de cuerpo, á la vanidad especial de los Jacobinos. «Los amigos del despotismo—dijo—los amigos del lujo y del dinero, justamente ofendidos por el progreso de esta sociedad ilustre sobre toda la tierra, han jurado su pérdida. Y he aquí el último complot que han preparado. Ellos han dicho:—«Hay ciento cincuenta diputados Jacobinos que son incorruptibles; pues bien, vamos á perderlos, y tantos libelos dirigiremos contra ellos que al fin todos les crearán facciosos.» ¡Ah, señores! si yo no hubiera conocido este complot, seguramente que hubiese hablado esta mañana en la Asamblea. ¡Miserable situación la de los patriotas, forzados á callarse y á transigir! A las primeras palabras que yo hubiese dicho alguien hubiera gritado: *¡Faccioso!* Y después hubieran dicho al rey:—«Sí, ve; he ahí los Jacobinos divididos y combatiéndose. ¿Quién es ahora el centro de vuestros enemigos? ¡Mirabeau: siempre Mirabeau!»

Y volviéndose hacia Mirabeau, añadió: «Cuando vos habéis designado á los facciosos gritando ¡callen esas treinta voces!, yo he tenido buen cuidado de no decir palabra; os he dejado hablar, pues convenía que todo el mundo os conociera. Si hay aquí quien haya presenciado esta mañana vuestras perfidias, que me desmienta.»

Una voz.—No.

Lameth.—¿Quién se atreve á decir eso?

La misma voz.—Quiero decir, señor de Lameth, que nadie podrá desmentiros.

Ninguno reclamó y Lameth sacó hábilmente partido de la frase de Mirabeau *jefes de opinión*. Ensalzó hipócritamente á todos los diputados que permanecían unidos, colocando la cuestión como lo haría Tartufo.

«¡Distinción insolente!—dijo;—muchos diputados modestos no serán *jefes de opinión*, pero son excelentes ciudadanos. *El patriotismo es para ellos una religión y les basta con que el cielo vea su fervor, no necesitando palabras para expresarlo.* Ellos no son menos precisos á la patria que los grandes oradores: quiera Dios que nos hayais servido tanto á la patria con vuestros discursos como ellos la sirven con su silencio.»

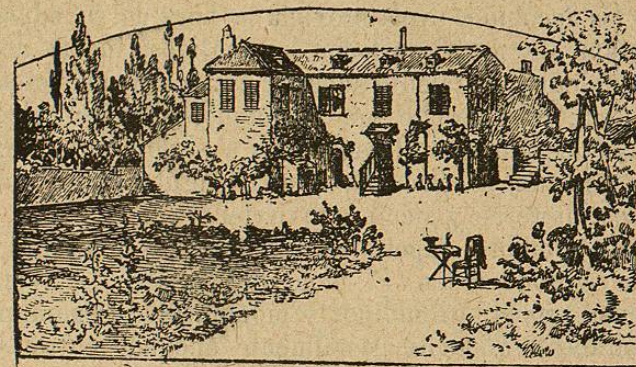
Lameth terminó con toda clase de terribles acusaciones contra Mirabeau.

Este se hallaba sentado al lado de Camilo Desmoulins. «De su cara —dijo Camilo al día siguiente en el periódico—caían gruesas gotas de sudor. Estaba delante del cáliz en el Huerto de las Olivas.»

Noble y justa comparación salida del corazón de un enemigo: enemigo sin hiel, inocente y que en su cólera revelaba aún, á pesar de sí mismo, la admiración por el hombre al que había amado tanto.

Sí, Camilo tenía razón. El grande orador, que por una cuestión de equidad, de libertad y de humanidad iba á perecer, no era indigno, á pesar de todo, del sudor de sangre y del cáliz de amargura. A pesar de cuanto malo había hecho este vicioso, este culpable, este infortunado grande hombre, se purificaba en sus últimos momentos.

Haber sufrido por la justicia, por el principio humano de nuestra Revolución, es su expiación suprema, su nimbo de gloria ante el porvenir.



CAPITULO X

Muerte de Mirabeau

Mirabeau derribado por las medianías.—Indecisión del partido bastardo al que combatía. Ineptitud del partido que defiende.—Se cree envenenado y anuncia su muerte (Marzo del 91).—Sus últimos momentos: su muerte (2 de Abril).—Juicios diversos sobre Mirabeau —Mirabeau no traicionó á la Francia. En él hubo corrupción, no traición.—Cincuenta años de expiación bastan para la justicia nacional.

Es muy sensible que no tengamos la contestación de Mirabeau. Fué sin duda, á juzgar por los resultados, el triunfo de la pericia y la elocuencia. Poseemos un extracto de ella, seguramente desfigurado. Sin embargo, de él se desprende que dicha contestación debió contener, entre cien dichos halagadores é insinuantes, palabras irónicas como la siguiente:

«¿Y cómo podrían suponer que tenga yo el absurdo propósito de presentar los Jacobinos como facciosos, cuando cada día refutan tan bien esta calumnia con sus contestaciones y sus sesiones públicas?»

Con todo esto, el eximio orador se hizo tan hábilmente Jacobino, tan sensible á su opinión, que le bastó un momento para revolver todos los ánimos. Confesó que había sido algo receloso con los Jacobinos, pero que siempre les había hecho justicia. Se le tributaron aplausos.

Por fin, terminó diciendo: «Quedaré con vosotros hasta el ostracismo.» Había vuelto á conquistar todos los corazones.

Salió y no volvió más. Su genio era todo lo contrario del de los Jacobinos. No podía sufrir el yugo de aquel espíritu mediano, el cual, no teniendo ni las necesidades del talento que experimenta el hombre superior, ni el entusiasmo del pueblo, exigía, por instinto nativo, que todos quedasen á su misma altura; ni más alto ni más bajo.

La Revolución, que ascendía, llevaba al poder á las activas medianías del jacobinismo.

La clase media, la burguesía, cuya parte más inquieta se agitaba